

Relatos de estío

Papá murió por fin

Primer premio del VII Certamen literario de relato corto de Caso

05:01 ★★★★★



2

Recomendar

3

HACE 25 Y 50 AÑOS

CARLOS DEL POZO MANZANARES Papá en realidad se llamaba Olegario Cardenal, y aunque con los años ese rostro suyo que exhibía con insolencia frente a la gran pantalla pareciese querer indicar que era oriundo de Arizona o Minesota, en realidad había nacido en un pequeño pueblo de la provincia de Albacete.

Fue el actor que más veces se murió en la historia del cine español: ciento tres en concreto. En los títulos de crédito solía aparecer bajo el pomposo apelativo de Gary Card junto al grueso de actores de reparto de cada filme, con letras del oeste y mucho después de aparecer en pantalla los nombres de los protagonistas, y los invitados especiales de la película. En toda la profesión, con no poca chanza, era conocido como «el muerto vivo», por esa capacidad innata tan suya de caer al suelo tras dos certeros disparos o saltar herido de muerte desde una torreta, un tejado o el cañón de un río.



Yo apenas me acuerdo de él. Si recuerdo que cuando preguntaba por él, mi madre solía decir: «Está por ahí, hijo, trabajando», pero nada más. Debía de tener yo siete años cuando nos abandonó definitivamente a mi madre y a mí. Tampoco es que hasta entonces le hubiese visto demasiado por casa, ya que venía de repente, una noche, preferiblemente de madrugada, y al cabo de dos días, al levantarme para ir al colegio, comprobaba que ya no estaba. Pero a partir de cierto momento ya no volvió a casa, y según sabría años más tarde, mi madre dejó de recibir las cantidades de dinero que él solía darle en aquellas fugaces visitas, un dinero que, también según mi madre, nos venía muy bien. Yo, desde entonces, apenas pregunté por él, pero para las contadas ocasiones en que lo hice, mi madre siempre respondía lo mismo. «Está por ahí, hijo, dando tumbos».

Después de aquello, durante unos años, de cuando en cuando sonaba el teléfono a horas intempestivas, las doce de la noche, las dos de la madrugada. Casi siempre lograba despertarme. Lo descolgaba mi madre, y tras unos segundos de escuchar al interlocutor, ella solía decir: «Lo siento, se ha equivocado». Y lo decía como temerosa, mirándome a la cara, ya que yo solía escuchar esa breve conversación desde la puerta de mi cuarto, con el almohadón o mi conejo de peluche aprisionado por mis manos. Supe que era él una noche que aguardé escondido desde detrás de la puerta de mi cuarto y le oí decir a mi madre: «Gari, estás completamente borracho, déjanos en paz de una vez, te lo suplico, hazlo por el crío, al menos por el niño». Al día siguiente mi madre me preguntó si me había despertado el sonido del teléfono de madrugada y le dije que no, que había dormido de un tirón, aunque lo cierto es que desde que él llamó hasta el día siguiente ya no pude pegar ojo. Papá rodó unos noventa westerns en Esplugas, Colmenar Viejo y Tabernas. En esta última localidad, en pleno desierto de Almería, es donde acabó trabajando para el Western Leone, un parque temático para turistas que ocupaba los viejos estudios donde rodó sus mejores obras el gran Sergio Leone. Mi padre hizo algunas películas en las que se moría dos veces; me imagino que le maquillarían diferente y le pondrían algún bigote postizo para que el héroe de turno lo liquidara en la barra del saloon y luego se lo cargara a lomos de un caballo varias escenas después. En «Infierno bajo las balas», dirigida por Jeffrey Franck, batió su propio récord y murió hasta en tres ocasiones, una de ellas ajusticiado en la horca en mitad de la plaza del villorrio, otra derribado por una bala certera cuando intentaba huir saltando entre dos tejados y la tercera de una experta puñalada en el tórax que le propinaba el protagonista del filme. Su última aparición en la gran pantalla fue en «800 balas», de Álex de Laiglesia, una parodia de los spaghetti-western rodada precisamente en Tabernas y en donde, casualidades de la vida, no se moría. Parece que en la misma interpretaba al cura del poblado.

Yo nunca supe hasta hace unas pocas horas a lo que se dedicaba. Es más, desde hacía unos años, casi ni me acordaba de él, una vez se había apagado definitivamente el eco de sus llamadas telefónicas en la intempestiva madrugada. Pero la casualidad quiso que ayer, en un pequeño apartado de las necrológicas del diario apareciera su nombre y su foto junto a una pequeña reseña donde se glosaba su peculiar carrera profesional. Allí, el cronista de turno destacaba que era el tipo que más veces había perdido la vida en una pantalla de cine. Y lo primero que me vino a la cabeza tras leer aquella reseña fue que papá, con su última muerte, debió sentirse profundamente aliviado.

La Nueva España